

11 de febrero de 2024 - 6º domingo "B"

[Levítico 13:1-2. 45-46; I Cor. 10, 31-11, 1; Marcos 1, 40-45.](#)

Homilía

Nunca se sale indemne de un encuentro real. Siempre te transforma, al menos en cierta medida, para bien o para mal.

Los Evangelios nos muestran cómo Jesús sale constantemente al encuentro del otro, especialmente del otro más lejano, del otro que está en la periferia, y sobre todo del otro marginado. El texto del Evangelio de Marcos que acabamos de leer describe uno de estos encuentros, que tiene lugar al principio de la vida pública de Jesús, y que marcará todo su ministerio. Se trata del encuentro con un leproso, un hombre considerado "impuro" por la sociedad y la religión de Israel.

El concepto de "puro" e "impuro" no es propio de Israel. Se encuentra en todas las religiones y culturas. Es la forma en que los privilegiados, los que se consideran "puros", se protegen marginando a los heridos de la vida, a los débiles, a los pequeños, llamándolos "impuros".

Una de las enfermedades que más horror causaba en el mundo antiguo era la "lepra". Bajo esta palabra paraguas se situaba una gran variedad de enfermedades, sobre todo de la piel y especialmente contagiosas e incurables. Como reacción al horror que los hombres sentían en su interior, condenaron al ostracismo y separaron a las víctimas de estas diversas formas de enfermedad del pueblo. De este modo, no sólo se protegían del contagio físico, sino que también se protegían psicológicamente de la necesidad de mirar dentro de sí mismos.

El leproso de nuestro Evangelio, rompiendo los tabúes que le obligaban a alejarse de todos los lugares habitados y le prohibían acercarse a nadie, viene a arrodillarse a los pies de Jesús. Se abre entonces un diálogo de extraordinaria potencia, por su concisión. "Si quieres, puedes limpiarme", le dijo a Jesús. Y Jesús responde: "Quiero, queda limpio. Pero hay más que estas palabras. En primer lugar, Jesús está "compadecido", dice Marcos. La palabra griega significa que Jesús se mueve con compasión incluso en su vientre. En el Antiguo Testamento este verbo se aplica sólo a Dios y en el Nuevo Testamento se aplica sólo a Jesús. ¿Y qué hace Jesús? Toca al leproso y éste queda liberado no sólo de la lepra sino de su estado de exclusión.

A menudo, Jesús cura a los enfermos con un toque de su mano. Así, cuando toca con su mano a la suegra de Simón Pedro, la fiebre la abandona (Mateo 8,3 o Marcos 1,41). Este fue el Evangelio del domingo pasado. Cura los ojos de dos ciegos tocándolos (Mateo 9:29, también en Mateo 20:34). Tocando los oídos y la lengua de un sordomudo le devuelve el oído y el habla (Marcos 7,33). Por último, da vida al joven de Naim (Lucas 7:14) tocando su féretro, lo que también era una forma de hacerse impuro.

Todo esto es, en cierto modo, una consecuencia lógica de la propia Encarnación, por la que Dios se hizo uno de nosotros. Asumió nuestras impurezas, o incluso "se convirtió en pecado", según la expresión tan contundente y sorprendente de Pablo (2 Cor. 5:21).

Una vez que el leproso de nuestro Evangelio se curó y contó por todas partes cómo le había curado Jesús, "ya no le era posible entrar abiertamente en una ciudad. Se vio obligado a evitar los lugares habitados. "¿Por qué? - Porque él mismo se había vuelto "impuro" por haber tocado a un hombre "impuro". Ya no podía ir a las ciudades y pueblos donde había sinagogas y líderes del pueblo. Y, sin embargo, la gente común, los marginados, "acudían a él de todas partes".

Nuestras sociedades actuales, al igual que la de Israel en la época de Jesús, crean constantemente personas marginadas y excluidas. Es fácil considerar como marginados a quienes pertenecen a una raza determinada, a quienes tienen una opinión política concreta, a quienes están afectados por una enfermedad determinada. Al final, el margen es tan amplio que el texto que constituye el resto de la página -es decir, nosotros, las personas "puras"- se ha vuelto insignificante, tanto más cuanto que Aquel que era el único que podía dar sentido a nuestro "texto" está él mismo en el margen, con sus hermanos, los marginados.

Necesitamos curación. Como el leproso de nuestro Evangelio, digamos: "Señor, si quieres, puedes curarme. Y dejémosos tocar por Él.

Armand VEILLEUX